

SAN JOSE, COSTA RICA

15 Marzo de 1912

Año II



Núm. 29

# RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia  
Pedagogía Racionalista

DIRECTORES:

Anselmo Lorenzo  
José María Zeledón

EDITORES:

Falcó & Zeledón  
Apartado 638

## SUMARIO

### SOCIOLOGÍA

El Proletariado emancipador. V - El Pueblo trabajador..... *Anselmo Lorenzo*

Conferencias populares sobre Sociología. V - Propiedad..... *A. Pellicer Paraire*

La Fe Racionalista..... *C. D.*

### PAGINAS LITERARIAS

La Parábola de los Hacheros. *Rubén Coto*

### CRONICAS SOCIALES

Una reine charitable..... *Luis Sánchez*

Epílogos..... *José María Zeledón*

**20 cénts.**

SAN JOSE, COSTA RICA  
Imprenta Alsina

## Condiciones:

Costa Rica (trimestre) . . . . . ₡ 1.00  
Extranjero (semestre) . . . . . \$ 1.00 oro am.  
Numero suelto: 20 céntimos

ABONO ANTICIPADO

ADMINISTRACION: 7ª Avenida Este, 247  
San José, Costa Rica

DE VENTA

en la PELUQUERÍA ESPAÑOLA  
(Contiguo al almacén de comercio "La Alhambra")

En Europa deben pedirse las suscripciones a don Anselmo Lorenzo,  
calle de Casanovas, núm. 32, 2ª. BARCELONA (España).

## Acusando recibo

**El Rey del Aire.**—El principal carácter de las guerras modernas consiste en la aplicación de los últimos descubrimientos de la ciencia para destruirse unos hombres a otros. En el perfeccionamiento de la navegación aérea como elemento ofensivo, con todas las peripecias dramáticas que el talento de Salgari haya podido idear, se basa la interesante obra que con el título **El Rey del Aire** está publicandola casa Editorial Maucci, de Barcelona.

La trama de esta novela originalísima no es la guerra precisamente, sino algo más variado, pero juega principal papel el dirigible *Gavilán*, que es, como indicamos al principio, uno de esos artilugios modernos destinados a sembrar la muerte y el terror entre los hombres.

Este maravilloso libro del popular escritor Emilio Salgari, perfectamente traducido al español por el culto comandante de E. M. don Gonzalo Calvo, comprenderá 12 cuadernos con 20 láminas.

Pertenece esta obra a la colección *Viajes y Aventuras*, y cuesta cada cuaderno 20 céntimos.

Hemos sido obsequiados por los agentes, señores L. M. Castro & Cía, con dos ejemplares de la revista *Hispania*, recientemente comenzada a publicarse en Londres.

Se cumple en ella una tarea digna del mayor encomio.

Los trabajadores que al calor del ideal latino-americano se han congregado allí, ensanchan por tal acto los linderos de sus patrias chicas para abogar por la gran patria continental que habrá de ampliarse luego hacia todos los puntos de la tierra.

Desde este punto de vista, acorde en un todo con las tendencias humanistas que orientan nuestro esfuerzo, *Hispania* merece nuestra simpatía.

Campan en ella muchas prestigiosas plumas hispano-americanas, y en sus trabajos se nota un plan positivista de acción, que dista mucho ya de los antiguos lirismos con que la insensatez de otra época creyó servir mejor los intereses de los pueblos.

Reciban nuestro saludo y nuestro aplauso aquellos luchadores.

Recomendamos a nuestros compañeros los periódicos siguientes:

**REGENERACION**

Los Angeles, Cal. - (Estados Unidos)

**¡TIERRA!**

Habana (Isla de Cuba). Se reciben suscripciones en esta Administración.

San José, Costa Rica

— 15 de Marzo de 1912 —

# RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA  
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Año II

Núm. 29

## El Proletariado emancipador

V

### El Pueblo trabajador

Llego al punto culminante de mi propósito, en el que he de manifestar por mi deseo, por mi pensamiento, por mi voluntad racionalmente determinada y en nombre de los trabajadores sindicalistas de Barcelona, que, aparte del proletariado que se agita, que impulsa, que revoluciona, pero que, hay que reconocerlo dolorosamente, constituye todavía una minoría, queda gran número, una gran mayoría de trabajadores á quienes la explosión de las ideas llega apenas como leve rumor sin eficacia suficiente para excitar su pasión, su inteligencia ni mucho menos su actividad.

Inspirado por una idea propia de viejo que ve limitado el tiempo á su disposición, no renunció á lograr un triunfo relativo, ya que el definitivo no es posible para los luchadores de mi generación; quiero para mis últimos días la alegría de una victoria, y vengo á pedir colaboración y ayuda.

Para merecerla estoy dispuesto á una concesión con el carácter de tregua, y solamente aceptable por ese carácter, porque de otro modo significaría una abdicación, una renuncia que por nada del mundo estoy dispuesto á hacer, y la concesión es la siguiente:

Anarquista antiguo, como tuve el honor de declarar ante el teniente Portas, en vísperas de mi subida á los calabozos de Montjuich en 1896; anarquista ya,

como manifesté públicamente en 1869 en reuniones celebradas en Madrid en el antiguo edificio de la Bolsa; anarquista hoy, seguro que con el criterio puramente anarquista se solucionan racionalmente todos los asuntos sociales y que el ideal á que aspira la humanidad está en el triunfo de la anarquía; renuncio á hablaros como anarquista y me dirijo á vosotros sólo como trabajador, como compañero, para excitaros á ingresar con conocimiento, con voluntad perseverante y con propósito decidido en el movimiento sindicalista.

He aquí en qué me fundo:

La excitación de Marx «¡Trabajadores del mundo, asociados!» causó sensación profunda en el proletariado mundial; á la Asociación Internacional de los Trabajadores acudían los desheredados en grandes agrupaciones, confiados y entusiastas en busca de consuelo y dispuestos á realizar el acto de energía que de ellos se solicitaba.

Fué necesario fijar las ideas y determinar la acción, y los primeros Congresos de La Internacional constituyen un tratado de ciencia social; pero en ellos surgieron diversidad de tendencias, y sobrevino la división que enfrió los primeros entusiasmos y redujo el movimiento á las condiciones que ordinariamente rigen cada nuevo impulso que sigue la humanidad.

Como resultado, y á semejanza de

la izquierda y derecha que divide la política en general y los partidos políticos en particular, se formó en el proletariado la democracia social y el anarquismo, aquélla como continuadora de la evolución y éste como precursor del ideal, de cierto destinados á converger en un futuro glorioso en una acción común que borre toda disidencia en la práctica feliz de la fraternidad; pero que en la actualidad ocasiona todos los trastornos con que las pasiones y la enemistad envenenan toda disidencia.

En ese dualismo no puede negarse la utilidad de cada una de las partes, y sobre todo ha de aceptarse como un hecho. Cada una de esas partes, siguiendo la idea natural de proselitismo, solicita, más que la conversión de la contraria, la atracción del proletariado en general, convertido en tercero neutro que sufre todo el peso de los errores sociales y que carece del conocimiento que impulsa, de la voluntad que ejecuta, permaneciendo indeciso y quejumbroso en estéril pasividad ó dando, cuando menos, ceros, compararía, á todos los intentos desviadores de ambiciosos charlatanes, sean demagogos, falsos reformistas ó arbitristas de todo género.

Pues á esa generalidad llamada clase trabajadora, plebe, proletariado, pueblo, á quienes unos enaltecen con halagos para engañarle y explotarle, otros desprecian porque le miran desde la cumbre del goce obtenido por injustificado privilegio, y otros amenazan y persiguen cuando manifiesta tendencias reivindicadoras; á ese pueblo, que permanece, peor que neutro, inactivo en lo tocante á la lucha por su libertad y por la igualdad social, me dirijo para decirle: la emancipación de los trabajadores ha de ser tu obra. Tú, más que un dios humanizado descendido de divinas alturas, más que un hombre divinizado por el genio, eres tu propio salvador y el salvador de la humanidad. Sin tu conciencia, sin tu voluntad, sin tu acción no hay salvación posible. En esos sufrimientos que te atormentan, en esa ignorancia que

te degrada, en esa pasividad en que te consumes está la potencia libertadora y justiciera que ha de regenerar la humanidad; hasta que tú sepas y te decidas habrá ricos y pobres con todas las tristes consecuencias de la injusticia legalizada, impuesta y acatada. Tú, que para los malos eres el eternamente despreciado, la clase inferior, y para los buenos eres el eterno menor, á quien se atiende por caridad, á quien de limosna y como graciosa concesión se le da pan, trabajo y derechos; tú, que preparas y sirves el banquete de la vida á los privilegiados y sólo participas de las sobras y mueres de hambre cuando no te alcanzan; tú que te enterras de los preceptos de la higiene como el hambriento de las recetas suculentas del libro de cocina; tú, soberano en un artículo de la Constitución política y hecchomo en el balcón de Pilatos autoridad, que se lava las manos como irresponsable de tu miseria; tú, creador y artífice de las admirables maravillas reunidas en toda exposición universal, puesto que todas ellas son hechas á jornal, y sin embargo vives encadenado en el getho de la pobreza; tú eres el señor del mundo; en tu entorpecido pensamiento se halla en estado caótico la futura Ciudad del Sol, en tu desmayada voluntad está la liberación de toda tiranía; muévete, piensa, decide, obra, si no quieres aumentar tus dolores con la amargura del remordimiento, con la responsabilidad de la culpa.

Desde la creación de La Internacional no tienes excusa, pueblo trabajador: antes te reconocían tus sacerdotes la igualdad de ultratumba, declarando al mismo tiempo que en el mundo siempre ha de haber pobres y ricos; después te reconocieron los burgueses revolucionarios la igualdad ante la ley, aunque en esa ley dejaban subsistente la usurpación romana llamada derecho de propiedad y el despojo romano también llamado derecho de accesión, por cuyos preceptos, inicuaamente llamados *derechos*, resulta que lo que en verdadero derecho es de todos queda detenido por aquella clase rica declarada

eterna en nombre de Dios y en nombre de la Ley; hoy los trabajadores conscientes, que son parte de ti mismo, te piden, no que les sigas, sino que les acompañes, que te unas á ellos para anular á los usurpadores, para derrocar el poder que les sostiene, para poner á la justa y libre participación de todos y de todas el patrimonio universal, la herencia de las generaciones pasadas, que corresponde legítimamente sin exclusión ni privilegio para nadie á las generaciones vivientes.

No te desanime ver como vuelven la casaca los arrivistas que te se ofrecieron como caudillos; no te impresione la enemistad que brota á cada momento entre los conspicuos que se tienen como definidores y propagandistas de los dogmas de la moderna redención; no te ofusques ante la incongruencia resultante de que los de la izquierda y recíprocamente los de la

derecha, para cubrir deficiencias prácticas, recurran, unos al apoyo moral y material de la solidaridad para sostener huelgas á dos pesetas diarias por huelguista, y otros, en mitins de la desesperación, á las palabras fuertes del vocabulario de la acción directa; sé prudente, juicioso y comprenderás que el atavismo y la impaciencia, la fuerza de lo pasado y el aguijón de lo futuro impulsan á gentes que forzosamente carecen de equilibrio moral y volitivo y producen inevitables desastres, ante los cuales no tienes derecho á permanecer como indiferente espectador, puesto que en tu nombre obran, por tí se sacrifican, y tú no puedes permanecer neutral después de haberse reconocido como suprema norma social que no hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes.

ANSELMO LORENZO

## CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

**Propiedad** Tócale hoy el turno á la cuestión magna: *la propiedad*. Importante es la religión, porque representa la razón extraviada; transcendental es la autoridad, porque determina la esclavitud; pues más importante y transcendental es aún la propiedad, porque ataca directamente nuestra existencia. Y como lo primero de todo es vivir, y después vivir libre é ilustradamente, de aquí que la cuestión de la propiedad sea la cuestión de las cuestiones. Ella integra la economía doméstica y social, la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas, el trabajo, la producción, el consumo, el cambio, los valores, la riqueza toda; su influencia se extiende desde lo más secundario del hombre y de los pueblos hasta los más altos poderes y de las instituciones más sólidas; es el privilegio positivo por excelencia y á la vez el mayor estímulo y apasionado objetivo de las clases dominadoras.

Debe entenderse que nos referimos

únicamente á la *propiedad privada*: pues la que se conoce por propiedad común, que pertenece á todo el mundo, para el goce de todos los individuos indistintamente, claro es que no puede perjudicar á nadie; y, por tanto, no es esta propiedad la que merece nuestras censuras, sino la privada; esto es: *toda acumulación de riquezas para sólo el provecho individual, que puede usar y abusar de ellas el poseedor, con exclusión de todos los demás individuos de la sociedad*, en virtud de un derecho abrogado ó sancionado por leyes.

Y el problema á resolver es éste: ¿el derecho de propiedad es natural, es justo, es conveniente á la sociedad?

Desde luego la estricta honradez y sana lógica obligan á rechazar todo derecho de apropiación particular de las cosas naturales, como el suelo y subsuelo y cuanto de naturaleza sea, por la sencilla razón de que nadie lo ha creado, y en justicia nadie puede adueñarse de lo que no ha hecho ni es suyo. Además, los elementos naturales son absolutamente indispensables

para la existencia de todos los seres: de ellos depende, con ellos está enlazada; nuestra madre común es la tierra, y ella nos ofrece sus grandes recursos para la completa satisfacción de nuestras necesidades, sin privilegios ni primacías para nadie. Cualquiera, pues, que separe para sí y se apropie una parte de la tierra y sus productos, excluyendo á los demás, roba á sus hermanos su patrimonio y atenta contra su vida, porque les arrebató los elementos necesarios á su existencia.

Cuando los europeos conquistaron la América, ningún título de propiedad podían ostentar en ella, puesto que antes ni soñaban que existiera. Los indígenas eran los usufructuarios de la tierra, y vivían donde la vida era más fácil, donde la Naturaleza se mostrase más espléndida. Los europeos fueron adueñándose por la fuerza de los territorios más ricos y de los productos naturales más lucrativos, obligando á los indios, ó á someterse, á ser esclavos de los conquistadores y trabajar para sus amos, después de ser despojados de todo, ó á recogerse en comarcas más pobres, en que la vida es bien difícil. Esta *piadosa obra cristiana* continuó incesantemente y continúa á medida del desarrollo de la población blanca, acorralando cada vez más las tribus indias que no se avienen con *nuestra civilización*; y el resultado es que, por efecto de la acción aniquiladora del medio ambiente por demás estéril en que vegetan los indígenas, de aquellas numerosas razas americanas, no quedan ya más que pobres restos. No sostendremos que esta causa sea la única que haya producido su extinción, pero no puede negárseles que ella ha contribuido poderosamente á exterminarlas. No es lo mismo, por cierto, vivir tranquilamente en fértiles campos que en el inclemente desierto. Y bien: este innegable hecho, todavía hoy comprobable—díganlo los indios de la América del Norte, y también los del Sur—prueba acabadamente que la apropiación particular de la tierra es un crimen.

De esta misma manera la califica el señor F. Latzina, distinguido escritor argentino, quien, en un artículo crítico de un libro, emite estos conceptos:

«El origen de la propiedad hereditaria, y por ende también de la vitalicia, su derivada, es indiscutiblemente ilegítimo; más, es criminal; porque se basa en el despojo á mano armada del débil por el fuerte, porque es el fruto de la conquista de la tierra, y de su distribución arbitraria entre los secuaces del conquistador. La tierra es la fuente común de todas las riquezas muebles y semovientes, y siendo ilegítimo el origen de la propiedad de la tierra, y aun criminal, se sigue que toda propiedad, cualquiera que ella fuese, adolece del mismo vicio, y que nadie tiene naturalmente el derecho de ser propietario de cosa alguna, porque lo que posee lo ha sacado directa ó indirectamente de la tierra, que es de toda la gente que la habita, lo mismo que el aire que la cubre ó el mar que la baña. La formación de las fortunas en la cuenca del río de la Plata tiene el mismo origen que las de todas las demás partes del mundo. No hablo de las fortunas advenedizas de los ganapanes que se acumulan á fuerza de miserias, pillerías y usuras, sino de las de abolengo, que tienen sus raíces en la antojadiza distribución de las tierras de los siglos pasados. Estas, que no valían casi nada, así como suena, cuando se obtuvieron, porque estaban ubicadas en un desierto, fueron tomando valor á medida que el tiempo pasaba y la población aumentaba. Otro tanto sucedió con las haciendas que sobre estas tierras se criaban; de modo que llegó un día en que los sucesores de los ilegítimos derechos de los primeros favorecidos por la conquista se vieron, sin saber cómo, con una fortuna entre manos; ellos, que no han hecho nada por merecerla, y, en gran parte, no serían capaces de ganarse lo suficiente para matar el hambre, si esto dependiera de su propia labor y aptitudes exclusivamente».

Como se ve, el señor Latzina opina, como nosotros, que el derecho de

propiedad es ilegítimo y criminal; y por más que se refiera á su país, localizando la cuestión, afirma de paso que «tiene un mismo origen en todas las partes del mundo». Si nosotros hemos puesto el caso de América, es porque es más neto, mas comprensible, para el pueblo, sin necesidad de historiar mucho; pero es cierto, ciertísimo, que de la misma manera que se ha establecido la propiedad de la tierra, y su transmisión hereditaria, en el nuevo mundo, se ha planteado en el viejo, pues eran los hijos de Europa, con sus ideas religiosas, políticas y económicas, y con sus preocupaciones medioevales, los conquistadores del país colombiano, transportando en él, y desarrollándolo, todo el sistema social europeo, extremándolo aún en el sentido de la esclavitud y del predominio brutal de la fuerza.

Precisamente fué el régimen feudal, basado en el derecho de conquista, el que estableció de un modo absoluto la propiedad individual, que la conquistadora Roma había erigido en derecho, derecho que todavía subsiste y se mantiene en nuestra sociedad, á pesar de las evoluciones que se han sucedido desde la época romana, y á pesar de las protestas de los más notables pensadores, inclusive algunos padres de la iglesia católica.

Véase, sino, lo que decía Basilio: «Nosotros, que gozamos de razón, no debemos ser más crueles que los brutos. Estos aceptan los productos de la tierra como cosas naturalmente comunes; poseemos solos las cosas que pertenecen al gran número». Y Ambrosio: «Nosotros hemos perdido las ventajas de la comunidad creándonos propiedades privadas. Tú, rico, dices: ¿Qué hay de injusto en mi conducta, si respetando el derecho de otro, yo conservo con afán mis propiedades? Yo te pido: ¿Qué riquezas llevabas contigo cuando veniste al mundo? La tierra, siendo propiedad común de los hombres, nadie puede decirse propietario de lo que sobra para la satisfacción de sus necesidades naturales, cuyos sobrantes han sido quitados al feudo

común y que sólo la violencia puede conservar. La Naturaleza ha engendrado el derecho de comunidad, y es la usurpación que ha producido el derecho de propiedad». Y por el estilo expresábanse Agustín, Jerónimo, Gregorio, Clemente y otros, á quienes santificaron después los que han dado muy buenas pruebas de aceptar sinceramente aquella advertencia de que «primero pasará un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos».

Entre los filósofos, merecen citarse: —Tomás Moro, quien afirmaba que «en todos los Estados en que la posesión es individual, en que todo se mide por el dinero, jamás se podrá hacer reinar la justicia, ni asegurar la propiedad pública; para restablecer un justo equilibrio en los negocios humanos, debería necesariamente abolirse el derecho de propiedad». —Juan Luis Vives, decía que «todas las cosas que la Naturaleza nos dió, las expuso en esta gran casa del orbe, sin cerrarlas con valla ó puerta alguna, para que fuesen comunes á todos los que engendró. Dime ahora tú, que te has alzado con algo ó con mucho, si eres más hijo de la Naturaleza que yo». —Mably dijo: «La historia de Esparta prueba que no podemos encontrar la felicidad más que en la comunidad de bienes, y que la propiedad debe ser considerada como la causa primordial de todos nuestros males». —Brissot escribió: «Mucho se ha clamado contra el folleto *El hombre de los cuarenta escudos* (cuento satírico de Voltaire), y, sin embargo, su autor predicaba grandes verdades; predicaba la igualdad de fortunas; predicaba contra la propiedad exclusiva, porque *la propiedad exclusiva es un robo en la Naturaleza*». Frase que Proudhon hizo famosa, excitando las iras de los diputados de la Cámara francesa, cuando la república del 48. —Bakounin concluía su crítica de la propiedad con estas palabras: «La concesión de la propiedad al individuo es una pura ficción; ha sido obtenida en su origen por las armas, por la conquista, por la brutalidad; después por

la venta y la compra, que no son en sí mismas sino brutalidades enmascaradas».—Y para no repetir conceptos análogos, que sería inacabable, no transcribimos nada de Campanella, Babeuf, Owen, Fourier, Cabet, y tantos otros, aun prescindiendo de la brillante pléyade de vivientes notabilidades que combaten la propiedad privada con gran caudal de conocimientos.

En la época presente se alardea mucho de que ni el derecho de conquista se reconoce, ni se usan aquellos procedimientos bárbaros de antaño, porque el derecho, la justicia, se imponen en nuestra civilización; pero en nombre de esta civilización, y con refinada hipocresía, se verifica la misma brutalidad, el mismo despojo, igual usurpación de la tierra en América, Africa, Asia y Oceanía, á pesar de consignarse en todos los códigos de las naciones invasoras el precepto jurídico de que «nadie puede enriquecerse á costa de otros»; y si es ilícito aun en jurisprudencia medrar á costa ajena, mucho más debe condenarse la apropiación de las cosas naturales, que no son ni pueden ser de propiedad privada, sino para la natural satisfacción de las necesidades de todos los seres.

Pero el derecho de propiedad es muy extenso: está infiltrado en todo. Y debemos repetirlo: para nosotros todo capital, toda riqueza acumulada por y para el individuo, es propiedad privada, y en todo concepto, tan ilegítima y arbitraria como la de la tierra. De la misma manera que negamos la justicia de la propiedad del suelo, porque el propietario no lo ha creado, la negamos de todo capital, porque no es un producto del solo esfuerzo del poseedor.

La única potencia creadora de toda riqueza, es el trabajo; el único productor, el obrero. Ningún hombre rico puede haber producido con su propio trabajo todo lo que posee, porque ello es materialmente imposible. Luego ha usurpado una gran cantidad de esfuerzo, de trabajo ó de productos de otros. Esto es tan cierto, tan lógico, como

dos y dos son cuatro. Pero más científica y elocuentemente que nosotros explica Kropotkin cómo se forma la riqueza social, que acapara una ínfima parte de privilegiados, y con su transcripción nos daremos perfecta cuenta del desbarajuste económico dominante y de la manifiesta injusticia con que se apropian los llamados *propietarios* de lo que ningún trabajo les cuesta:

«La humanidad ha recorrido largo camino desde las edades lejanas—dice este profundo pensador—durante las cuales el hombre, elaborando en sílex útiles rudimentarios, vivía de los azares de la caza y no dejaba otra herencia á sus hijos que un abrigo debajo de las rocas, que pobres utensilios de piedra—y la Naturaleza, inmensa, no comprendida, terrible, con la que tenían que entrar en lucha para conservar su mísera existencia.

»Durante este período confuso, que ha durado miles y miles de años, el género humano ha, sin embargo, acumulado tesoros inauditos. El ha limpiado el suelo de malezas, desecado pantanos, abierto paso en los bosques; ha trazado caminos; ha edificado, inventado, observado, razonado; ha creado utensilios complicados, arrancado sus secretos á la Naturaleza, subyugado el vapor; de tal manera, que á su nacimiento el ojo del hombre civilizado encuentra hoy día á su servicio todo un capital inmenso acumulado por los que han le precedido. Y este capital le permite ahora obtener, solamente con su trabajo, combinado con el de los demás, riquezas que sobrepujan las aficiones de los orientales en sus cuentos de las *Mil y una noches*...

»Los prodigios realizados en la industria son aún más sorprendentes. Con estos seres inteligentes, las máquinas modernas, fruto de tres ó cuatro generaciones de inventores, la mayor parte desconocidos, cien hombres fabrican en un año suficiente para vestir diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para calentar diez mil familias en un clima riguroso. Y se ha

visto últimamente una ciudad maravillosa levantarse en algunos meses en el Campo de Marte (París), sin que hayan sufrido la menor interrupción los trabajos regulares de la nación francesa...

»Somos ricos en las sociedades civilizadas. ¿Por qué, pues, al rededor nuestro esta miseria? ¿Por qué este trabajo penible, embrutecedor de las masas? ¿Por qué esta inseguridad del día de mañana, aun para el trabajador mejor retribuido, en medio de las riquezas heredadas del pasado, no obstante los medios poderosos de producción que darían bienestar á todos, en cambio de algunas horas de trabajo diario? Porque todo lo que es necesario á la producción —suelo, minas, máquinas, vías de comunicación, alimentos, abrigo, educación, saber,— todo ha sido monopolizado por unos cuantos durante el curso de esta larga historia de saqueo, de éxodos, de guerra, de ignorancia y de opresión, en que la humanidad ha vivido antes de haber aprendido á subyugar las fuerzas de la Naturaleza. Porque, prevaleciéndose de pretendidos derechos adquiridos en el pasado, se apropian hoy las dos terceras partes de la labor humana que ellos libran al despilfarro más insensato, más escandaloso; por que, habiendo reducido las masas á no tener delante de ellas con que vivir durante un mes, ni siquiera ocho días, no permiten al hombre trabajar sino consintiendo en dejarse quitar la parte del león; por eso le impiden producir lo que sería necesario á los otros, sino lo que promete mayores beneficios al monopolizador...

»Millones de seres humanos han trabajado para crear esta civilización de que tanto nos glorificamos hoy. Otros millones diseminados en todos los puntos del globo trabajan para conservarla. Sin ellos, sólo quedarían escombros de cincuenta años. Nada hay, desde el pensamiento hasta la invención, que no sean hechos colectivos, nacidos del pasado y del presente. Millares de inventores, conocidos ó desconocidos, muertos en la miseria,

han preparado la invención de cada una de estas máquinas en las que el hombre admira su genio. Millares de escritores, de poetas, de sabios, han trabajado para elaborar el saber, disipar el error, crear esta atmósfera de idea científica, sin la cual ninguna de las maravillas de nuestro siglo habría podido hacer su aparición. Ciencia é industria, saber y aplicación, descubrimiento y realización práctica, que conduciendo á nuevos descubrimientos, trabajo cerebral y trabajo manual —pensamiento y obra de mano— todo se enlaza. Cada descubrimiento, cada progreso, cada aumento de riqueza de la humanidad tiene su origen en el conjunto del trabajo manual y cerebral del pasado y del presente. Entonces, ¿con qué derecho podría cualquiera apropiarse la menor partícula de este inmenso todo, y decir: «Esto es mío, y no de vosotros?»...

»Hoy día, el suelo, que adquiere su valor precisamente por las necesidades de una población siempre creciente, pertenece á minorías que pueden impedir é impiden al pueblo cultivarlo según las necesidades modernas. Las minas, que representan la labor de varias generaciones, y cuyo valor deriva de las necesidades de la industria y de la densidad de la población, pertenecen á unos cuantos, y éstos limitan la extracción del carbón ó la prohíben totalmente si encuentran una venta más ventajosa para sus capitales. La maquinaria también es la propiedad de algunos solamente, aunque representa los perfeccionamientos suministrados por generaciones de trabajadores. Los ferrocarriles, que no serían más que hierro viejo inútil sin la población tan compacta, sin su industria, su comercio y sus cambios, pertenecen á algunos accionistas, que tal vez ignoran dónde se encuentran las rutas que les dan rentas superiores á las de un rey de la Edad Media. Y si los hijos de los que morían á millares abriendo las zanjas y los túneles se reunieran un día y vinieran, multitud andrajosa y hambrienta, á reclamar pan á los accionistas, se encontrarían

con las bayonetas y la metralla para dispersarlos y poner á salvo *los derechos adquiridos*...

»En virtud de esta organización monstruosa, el hijo del trabajador, cuando entra en la vida, no encuentra ni un campo que pueda cultivar, ni una máquina que pueda dirigir, ni una mina que se atreva á excavar, sin ceder á su amo una buena parte de lo que producirá. Debe vender su fuerza de trabajo por una pitanza mísera é incierta. Si obtiene el permiso de aplicarse al cultivo de un campo, es á condición de ceder la cuarta parte al gobierno y á sus intermediarios. Y este impuesto extraído de su cosecha por el Estado, el amo y el intermediario, crecerá siempre y raramente le dejará ni siquiera la facultad de mejorar sus cultivos. Si se dedica á la industria, se le permitirá trabajar,—y no siempre,—pero á condición de no recibir más que la tercera parte ó la mitad del producto, teniendo que ser lo restante para el que la ley reconoce como propietario de la máquina.

»Gritamos contra el barón feudal, que no permitía al cultivador tocar la tierra, á menos de entregarle la cuarta parte de su cosecha. Llamamos á esto la época bárbara. Pero si las formas han cambiado, las relaciones han quedado las mismas. Y el trabajador acepta, bajo el nombre de contrato libre, obligaciones feudales; pues en ninguna parte encontraría mejores condiciones. El todo, habiendo pasado á ser propiedad de un amo, dicho trabajador debe ceder ó morir de hambre!»

¿Cómo se comprende, pues, que una injusticia, una expoliación tan manifiesta, no esté en la conciencia de todo el pueblo trabajador, y no juzgue el hecho con el mismo horror con que puede juzgar la más insoportable tiranía? Sencillamente: porque se le engaña como se engañaría á un niño á quien se propusiese cambiar una libra esterlina falsa por otra de buena ley. En esto consiste la llamada ciencia económica que nos propagan los que, en virtud de ella, se enriquecen. En primer lugar, han procurado conven-

cernos de que el capital, el dinero, es el gran factor inicial é indispensable de toda producción, base de toda fortuna. En segundo término, nada más justo, dicen, que el capital sea acreedor á una remuneración; y se ha inventado el tanto por ciento de interés. Y con esto se ha formado un sistema muy complejo de explotación del trabajo, que el mismo obrero, víctima de tal astucia, ha llegado á creerlo equitativo. Para desvanecer este ilusionismo, vienen muy bien los siguientes párrafos escritos por el laborioso Grave:

«Amontónense, dice, todas las monedas de oro y plata, todos los valores rentísticos y bancarios; combínense todas las transferencias y todos los giros posibles; revuélvase todo ello cuanto se quiera: el tiempo no los aumentará en un gramo, las especies monetarias no darán á luz ninguna cría. Las especulaciones más abstractas y ficticias suponen siempre la existencia de un producto natural y de cierta dosis de trabajo, en los cuales puedan basarse los cálculos de aquéllos.

»Suprímense esos valores, y cierto es que se modificarán las relaciones económicas, que tomarán otro rumbo las condiciones del trabajo y de la vida; pero, en último término, no habrá por eso un gramo menos de carne, un grano menos de trigo. La humanidad podrá seguir viviendo; al paso que el día en que los productores se negasen á trabajar para los capitalistas, la burguesía haría la más triste figura con todo su capital. Por tanto, el trabajo es el verdadero productor de riquezas. El capital representa el valor y el producto de todo lo robado al trabajo.

»El invento del valor de cambio, la moneda, ha permitido á este robo asentarse en las asociaciones humanas, haciendo creer á los individuos en una remuneración de servicios, cuando se les despoja de una parte de lo producido por ellos, engañándoles acerca del valor real de las cosas».

Añadamos, con Tcherkesoff, que

«toda la sabiduría, todas las pretendidas leyes del capitalismo, se resumen como sigue: 1º Comprar la fuerza y la habilidad del obrero por menos de su valor; 2º Comprar el producto al productor al más bajo precio posible; 3º Vender el mismo producto al productor (como consumidor) al precio más elevado posible».

Realmente es ésta toda la ciencia de los explotadores; prácticamente, la conoce mucha gente; teóricamente, todo el mundo. Lo único que se ignora es la justicia del procedimiento por qué se ha hecho *legal*. Todos los obreros saben que los productos que elaboran tienen un determinado valor de coste—valor arbitrario, no científico,—y que estos mismos productos no pueden obtenerlos, cuando los necesitan como consumidores, sino por el duplo ó triple de lo que cuesta de elaboración: la diferencia se la embolsa el intermediario, industrial, negociante ó lo que sea, sin haber cooperado poco ni mucho á su fabricación. Este exceso, esta supervalía, es lo que forma el capital, y también el tanto por ciento con que se acrecienta, la pretendida remuneración al ficticio valor dinero, con el cual se explota al obrero y el trabajo. El trabajador menos inteligente sabe que no puede hacerse de una fortuna siendo asalariado, trabajando para otros; y está convencido también de que si se le facilitasen medios para poner un taller, v. gr., podría lograrla. ¿Cómo? Buscando operarios que trabajasen para él al más bajo precio posible, y vendiendo los productos lo más caro que pudiese. Si por ejemplo, se le hubiesen dado mil francos, esos mil francos por si solos no aumentarían su valor, ciertamente—pero sirviendo de medio de explotación, al cabo de algunos años, con un poco de suerte, podrían haber acrecido á ocho ó diez mil francos. Esta relativamente pequeña fortuna—la más costosa sin duda—¿cómo se habría obtenido? Seguramente con la explotación del trabajo y de los obreros que habría empleado y de los consumidores, los mismos trabajadores dos veces explo-

tados, nunca, jamás, de su propia labor.

Esto, que está al alcance de toda inteligencia, debe tenerse bien presente. Cualquiera concibe que toda necesidad puede satisfacerse simplemente con el trabajo; ningún producto se elabora con dinero, sino con los materiales que se extraen de la tierra y con el esfuerzo del hombre que los utiliza y da mil variadas formas é infinitas aplicaciones. Luego la moneda es un factor ficticio en la producción; un intruso que trastorna todas las cosas; de signo de cambio representativo de objetos reales que se pretende que sea, se convierte en dueño de todo, hasta de lo que ha de producirse, haciendo esclavos á todos los trabajadores. ¿Cómo se explicaría, si así no fuese, que los productores de todas las riquezas viven siempre vida miserable, y los que nada producen lo pasan, y con exceso increíble, tan regaladamente? Antiguamente se era más sincero, porque los ociosos y hábiles, proclamando la esclavitud como cosa natural, se valían de los esclavos para enriquecerse; por eso la verdadera propiedad consistía en el mayor ó menor número de esclavos que cada liberto ó ciudadano señor poseyese. Pero los esclavos se rebelaron, adquirieron su libertad á costa de su sangre preciosa; y entonces los egoístas y los malvados, los continuadores del derecho de la fuerza y de la conquista, los reyes y jefes, y nobles y guerreros, y mercaderes y clérigos, todos los chupópteros de la sangre humana, inventaron la forma libre del salariado, ese encadenamiento por la miseria, el hambre, que obliga al hombre á ofrecer sus esfuerzos al señor, ó al propietario ó capitalista, para poder comer mal y atender á su familia peor, dejando en manos de los explotadores, todos los días, la mejor parte de sus sudores, de su labor, de su inteligencia. Y ¿por qué, con qué derecho natural ó de estricta justicia? Iguales hombres son unos que otros; nacen, viven y mueren de la misma manera; ni un ápice valen más los ricos que los pobres.

En consecuencia, sólo puede suceder aberración semejante, crimen tan odioso, en virtud de la tiranía ejercida por unas clases y de la esclavitud, la miseria y la ignorancia de las otras; es la sujeción del punto de vista autoritario y religioso que continúa en el régimen económico, porque cuantos se han erigido en dominadores, en clase privilegiada, quieren vivir y vivir bien: para eso son los esclavos ó los subyugados.

Para hacer más efectivo el dominio de clase, no bastaba que el hombre explotara al hombre: era menester perpetuar el privilegio. Y así como el magnate traspasa el dominio á su hijo, el rico traspasa á sus descendientes las riquezas; esto es, el derecho de testar y de heredar: las leyes de herencia. Con ellas, los vástagos de los expoliadores tienen asegurada la satisfacción de las necesidades de toda su vida y los medios de seguir explotando. En cambio, los obreros pueden legar á sus hijos la herencia de su miseria, de su ignorancia, de su esclavitud. Y bien, parodiando la frase de Vives, ¿acaso los hijos de los ricos son más hijos de la Naturaleza que los de los pobres? ¿Qué méritos, qué derechos, llevan al nacer unos más que otros? ¿Por qué unos tienen ese privilegio, que á los otros les es negado? ¿Es que no hay bastante para todos en la tierra? Infamia tan grande, iniquidad tan patente, es la prueba más resaltante del brutal egoísmo, del atavismo salvaje, escudado en la legalización del derecho de propiedad, que se

sobrepone al espíritu humanitario, á todo noble afecto, á toda idea del bien común. ¡Menester es que exista una gran relajación de sentimientos para admitirse buenamente una tal monstruosidad!

Muy compleja es la cuestión de la propiedad, para analizarla en todas sus frases; sin embargo, las ideas generales expuestas son bastantes, á nuestro juicio, para convencerse todos de que el derecho de propiedad es contrario á la Naturaleza; de que es el mayor enemigo de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad del género humano; de que es la causa productora del constante malestar social, de la directa miseria y esclavitud del obrero—el único que cumple todos los deberes sin ningún derecho;—que es la excitación más persistente al crimen individual—robo, prostitución, homicidio;—que es la perversidad más atormentadora de la bondad humana, el factor perenne de la intranquilidad pública y privada, la institución social más perturbadora.

Y reuniendo el derecho de propiedad todas estas malas cualidades, ¿puede ser base de una sociedad libre? No es posible que ninguna conciencia verdaderamente honrada conteste afirmativamente.

Réstanos tratar la cuestión del militarismo; pero la de la propiedad, aun condensando muchísimo, nos ha ocupado demasiado tiempo, y lo más conveniente será dejarlo para la próxima conferencia.

A. PELLICER PARAIRE

## La Fe Racionalista

Ser libre pensador, basar la conducta sobre la razón, dar por regla á sus actos las inspiraciones de una conciencia emancipada de los dogmatismos exteriores, es, para los defensores de la religión, carecer de moral fija y del principio directo que permite discernir el bien del mal, es obedecer al impulso de los instintos y de los apetitos. Para ellos, la esencia es la única

garantía de una vida noblemente comprendida y dignamente ordenada.

Es preciso protestar sinceramente contra esa tesis dictada por un fanatismo interesado, cuya iniquidad é inexactitud ha sido demostrada muchas veces con hechos incontestables.

Si hay una moral verdaderamente pura, humana y magnánima, es la que funda el libre pensador en la clara

concepción de sus derechos y de sus responsabilidades, en la escrupulosa adaptación de su deber á la armonía social y á la solidaridad humana, en la dignidad con que rechaza recompensas ó castigos sobrenaturales, seguro de obtener inmensa satisfacción íntima si su acción es noblemente desinteresada.

La obligación la halla cada cual en sí mismo y en el ideal que se adopta. Además, hay muchos creyentes criminales para que pueda decirse que la religión es un sostén moral de demostrada ineficacia.

Por otra parte, no es necesario ser servidor de un credo cualquiera para dedicar las fuerzas vivas del ser humano al culto de un noble ideal. Sobre este asunto, véanse las interesantes consideraciones que, sobre la influencia de la moral racionalista y rechazando la aberración de las revelaciones impuestas sin demostración á las gentes crédulas, expone el profesor Tabureau:

«Lo que impulsa al hombre á aplicar su facultad de desinterés y le exalta, es el interés mismo que atribuye al objeto que quiere alcanzar; es el sentimiento del valor que atribuye al *fin* que se propone; el hombre es moral en la medida en que el objeto ó *fin* de su actividad moral es susceptible de interesarle y de entusiasmarle. En último análisis, el atractivo la belleza seductora de su ideal es lo que suscita en él la constancia, el sacrificio, la moralidad.

»Como se ve, las condiciones en que una moral alcanza la mejor eficacia, consiste en que proponen un *fin* á que el hombre atribuye un valor superior y en que crean el citado psicólogo que se llama la *fe*.

»La moral positiva, como todas las morales, tienen por objeto originar la *fe*—en el sentido psicológico de la palabra—es decir, que propone al hombre un ideal, un *fin* que exaltará en él los sentimientos morales. La *fe*, como lo reconoce todo el mundo, no pertenece exclusivamente á un sistema de creencias determinadas; las fuertes

convicciones, los sentimientos intensos, generadores de la actividad moral enérgica, pueden existir en todos los hombres; la aptitud para el entusiasmo no es el monopolio de los creyentes ni de los libres pensadores. Lo cierto es que no puede obrarse de una manera desinteresada, con fuerza y constancia, si no se tiene alguna creencia, alguna esperanza. Ninguna moral verdaderamente seria ha negado esta verdad. Para unos el ideal es de orden exclusivamente metafísico, trascendental; para otros se desprende de los hechos por la razón».

La razón y la lógica dan idea de la justicia social. La moral racionalista utilizará, pues, «la aptitud de entusiasmarse» en el sentido de la justicia y de la humanidad: coloca, además, su ideal en la sociedad y no fuera ni sobre el mundo; recurre ante todo á un sentido social que los místicos ignoran por completo. Justicia y solidaridad, he ahí las dos necesidades primordiales, esenciales y elementales á que subordina todos sus preceptos. Sobre este capítulo emite estas excelentes reflexiones:

«Pidiendo á la conciencia la obediencia á la ley de justicia, tenemos una noción del deber que reposa sobre nuestra razón, sin necesidad de intervención de ningún principio de orden trascendental, místico; basta para descubrir la simple facultad de entendimiento. Esta noción del deber considerada en abstracto no les permitiría el estimulante necesario para vencer sus debilidades ó sus pasiones; pero si se considera la vida en concreto, no puede menos de reconocerse el prestigio que de hecho ejerce la *idea de justicia*. Si se dice á un hombre: eso es injusto, siente en sí elevarse una protesta; si percibe una injusticia se sentirá conmovido y querrá que cese.

»Considerando la vida de nuestra época, vemos la fuerza inmensa del *sentimiento de solidaridad*, que remueve las multitudes y les induce á las acciones generosas. Todo el que ha vivido cerca del pueblo ha sentido la intensidad de la potencia de acción del prin-

cipio de solidaridad: se hacen cuestionaciones y suscripciones de solidaridad; se hacen huelgas de solidaridad. En nombre de la solidaridad se lucha y se acepta el sacrificio.

»El *fin* propuesto por la moral de la justicia es también apto para satisfacer nuestra razón y nuestra sensibilidad, porque es adecuado á nuestras condiciones de vida: después de haber reconocido que el querer esencial de la humanidad consiste en la conservación y en el progreso de la vida social, la moral nos manda «conservar la existencia de la sociedad». No hay exigencia más legítima y más capaz de impulsar nuestra actividad moral hacia el bien. En efecto, como hemos visto, la sociedad es la condición común de todos los *fin*es humanos posibles; en cuanto se quiere algo, se quiere en principio la sociedad; en cuanto se realiza, adquirimos el medio, el instrumento indispensable que nos sirve para alcanzar todos los objetos particulares que podemos desear y hasta concebir; luego proponiéndonos «conservar la existencia de la sociedad» la moral está de acuerdo con todo el impulso de nuestro ser hacia el «mejor medio de vivir».

Tal es el culto ferviente del progreso en la armonía social, tal es el perfeccionamiento gradual de la vida colectiva considerado en todas sus probabilidades de belleza, de equidad, de concordia y de verdad. Por la práctica de una moral tan generosamente desinteresada, el individuo se mejora al mismo tiempo que se amplifica. Esa moral exalta todo lo que la actividad humana tiene de útilmente laborioso y de bienhechor en un fecundo entusiasmo capaz de suscitar las más sublimes acciones.

Y continúa nuestro lucido moralista:

«Esta moral se apoya sobre gran número de sentimientos que le prestan ayuda; porque lo que determina al hombre á cumplir una acción moral es muy complejo: además del deseo de satisfacer nuestra conciencia, que es la base de la moralidad, cada vez

que obramos, vamos en sentido de tal ó cual sentimiento. Sería absurdo pedir al hombre que suprimiera en sí todo otro motivo de moralidad que el puro respeto de la razón; lo mismo que sería de una austeridad extrema pedir á un educador que descuidara los factores de determinación moral tales como el amor propio, la piedad, etc. Es evidente que hallamos en nuestra conciencia estímulos para el heroísmo y para el valor; el honor, la piedad, el sentimiento de la dignidad, el respeto de la libertad ajena son poderosos excitantes de la moralidad. A esos grandes móviles, la doctrina de *la utilidad social* añade el deseo de realizar el medio indispensable á nuestra vida, á nuestra felicidad, es decir, la sociedad; esa doctrina pide al hombre el más alto desarrollo de su personalidad.

»Por último, la eficacia de la moral de la justicia procede del atractivo invencible que ejerce el ideal que se propone: hacer que viva la sociedad, transformarla en comunidad perfecta.

»En primer lugar, este ideal es concreto, verdadero, capaz de satisfacer al hombre positivista que quiere «comprender». Después se compone de motivos vivientes que nos interesan por completo. Bajo su influencia se produce inevitablemente en una colectividad una «conciencia social». Queremos que la sociedad exista, que se perfeccione constantemente; todo cuanto tiende á transformar nuestras sociedades en comunidades perfectas, nos causa placer instintivo. En una sociedad puede reconocerse la existencia de un «sentido social» que tiende hacia un ideal de felicidad para la organización social. Este sentido social existe en todos los individuos normales; á menudo, hasta inconscientemente, nos inclinamos ante las exigencias de la vida social; el simple presentimiento de que la sociedad cesaría de vivir si tal regla moral fuera desconocida, nos conduce á la observancia de esta regla. En muchos, se halla tan desarrollado este sentido social, que el espectáculo de los esfuerzos de los hombres—siempre inclinados hacia lo

mejor—les produce grandísimo entusiasmo capaz de los más nobles actos de desinterés, en todos tiempos el «bien público» ha tenido sus héroes y sus mártires. Al proponer la grandeza de la sociedad como ideal moral, estamos seguros de hallar un instinto poderoso que hará que nuestro llamamiento no sea ilusorio».

Este ideal de acción tenaz y desinteresada es superior al de los místicos y contemplativos, olvidados, en su inconsciencia extasiada, en su embriaguez de absoluto, de las miserias que la estancia en este valle de lágrimas reserva á su contemporáneo. Es la

busca de una felicidad positiva y legítima, proseguida sin egoísmo, en el desarrollo y florecimiento de las bienhechoras energías. Realizándola por un esfuerzo que halla en si mismo su alegría y su bienestar, el libre pensador se afirmará como poseedor de la más pura fe, puesto que tendrá por objeto, no su hipotética salvación en el otro mundo, sino la disminución del dolor en esta tierra para la vara abandonada de los hijos de los hombres.

C. D.

(Adoptado por LA DIRECCIÓN)

## PÁGINAS LITERARIAS

### Parábola de los Hacheros

A la memoria de Kaleief, oscuro héroe ruso <sup>1</sup>.

Aquel viernes á la hora de costumbre, á la hora sexta, el grupo de pescadores adictos á las nuevas teorías sociales ascendía por la falda de un monte.

El joven carpintero nazareno rompía la marcha. Lucas y Juan seguían después, y después cinco más. Los restantes compañeros habían salido en la mañana de ese mismo viernes, con la aurora, á preparar nuevas eras para la labranza, en distintos rumbos.

Los resplandores de la luna iluminaban el sendero, y una inmensa veta de mármol blanco servía de asiento al astro de plata.

Una vez en la cumbre el manso Jesús experimentó una transformación total. El oxígeno vibrante de aquella región avivó la circulación en el organismo del soñador doctrinario, y la contemplación del populacho de olas brillan-

tes al pie del monte en bélico trajín puso todos sus nervios en vibración. Juan experimentó el mismo vivaz espasmo; el maestro y el discípulo preferido, al ganar la cima oxigenada, bajo aquel cielo azul y teniendo á sus plantas el mar rugiente iluminado por la luna, sintiéronse gigantes. Ambos habrían acometido contra una torre con ánimo de derribarla, y hubieran querido gritar muy alto, hasta hacerse oír en medio de aquel épico concierto de ondas enfurecidas.

Bajo aquella soberbia impresión de artista, el joven carpintero formuló su pensamiento enmarcándolo en una parábola.

—Hubo una vez una tribu asentada en un estrecho valle, y en aquel valle la vida era imposible por los rigores del clima y de las muchas pestes que azotaban los hombres, los ganados, las aves y los sembrados. Mas, cerca de aquel valle se alzaba un monte, y allí todo era salud, pues las bendiciones del Señor alcanzaban hasta lo profundo en el suelo; y habiéndolo comprendido así los de la tribu, un día dijeron: vamos á la cima del monte. Y comenzaron los preparativos. Y unos se encar-

<sup>1</sup> Kaleief, valeroso vengador de la Justicia allá en Rusia; su brazo borró de la existencia, con el auxilio de una bomba explosiva, la salvaje fisonomía del Duque Sergio, tío del sátrapa Nicolás II y colaborador activo de éste en la obra de exterminio y rapiña perpetrados por la monarquía czariana en el campo de los oprimidos.

garon de conducir las mujeres y los niños, y otros los ganados y las aves, y los restantes las cosas que eran muebles. Y todos salieron en hora en que ya el día podía más que la noche. Mas, he aquí que en llegando al pie del monte, ya no pudieron seguir adelante, pues muchos troncos de árbol afligían la marcha, y allí fueron de hacer noche; mas, cuando el siguiente día vino, los hombres que conducían los ganados y las aves abandonaron unos y otras para empuñar unas hachas que no dejaron sino hasta cuando hubo una senda desde el pie hasta la cima; y por allí discurrió toda la tribu y las aves y los ganados.

Por eso os digo con verdad que para

alcanzar el reino de la Justicia, en donde todo es bendición, antes hay que hacer labor de brazo, y es en abrir una senda por donde hay muchos troncos de árbol; y la fatiga nuestra será fatiga de...

—¿De hacheros? Interrumpió Juan con avidez de apóstol. Jesús asintió con una sonrisa. Aprisionó luego las sienas entre las manos como queriendo retener en su cabeza pensadora aquella gallarda concepción.

Al pie del monte las ondas se coronaron de silencio por un instante, acaso para no perder una sílaba de aquel lenguaje que les dejaba inspiración.

RUBÉN COTO

## CRÓNICAS SOCIALES

### Una reine charitable

Yo antes creía—me lo habían dicho en la escuela—que los reyes eran las personas más desgraciadas del mundo.

Ahora ya he vuelto de mi engaño.

Acabo de leer en *Excelsior*, diario parisién que dirige un señor Pierre Lafitte, que hay reinas caritativas; y quien es caritativo no puede ser desgraciado.

A parte de que la caridad bien entendida ayuda á pasar el tiempo, contribuye, según dicen, á facilitarnos la tarea de ganar el cielo.

Este es un argumento que ofrezco gratis á los señores partidarios de la teoría de Pangloss, con el que pueden contribuir á demostrar la tesis de que no sólo es natural y justo que haya pobres, sino que hasta es necesario para el bien y para la salvación de muchas almas.

Dice *Excelsior* que «La reine d'Espagne sait concilier ses devoirs de souveraine et ces de femme charitable, comme le montre cette photographie où elle s'applique á tricoter pour les pauvres».

La fotografía muestra, en efecto, á la soberana de los españoles, haciendo calceta.

Yo he quedado encantado; porque á mí no me cabe duda de que si la soberana «d'Espagne s'applique» bien á la tarea de hacer calceta, conseguirá al cabo de un mes terminar un par de manguitos de pacotilla.

Sin duda que estos han de servir de mucho alivio á los seiscientos mil hambrientos que según dicen las estadísticas hay en España.

Me imagino el fiero y legítimo orgullo con que la hermosa reina podrá decirles á sus súbditos cuando éstos den en la fineza de declararse en huelga por alguna de las tantas estupideces que suelen ocurrírseles, tal como esa de querer almorzar todos los días y cambiarse la camisa una vez al mes.

—Pero decid, imorrales!, me tenéis haciendo calceta para vosotros todo el día y aun no estáis conformes?

Porque eso de que una mujer, si quiera sea «reine d'Espagne» se ponga á tejer calceta para los seiscientos mil

pobres, tiene una gracia que da el hipo al más pintado.

Por eso digo yo que antes pensaba que los reyes eran las gentes más desgraciadas del mundo; ahora comprendo

que los más desgraciados no son ellos.

Son los periodistas.

Y los más imbéciles también.

LUIS SÁNCHEZ

## Epílogos

### Lo de Méjico

El oro de la experiencia que amontona la batalla de los siglos, ya no va siendo un caudal decorativo siempre pesado, siempre inútil. Puestos en circulación esos valores, van sirviendo para equipar con más rumbo y mayor fuerza las falanges heroicas del presente que habrán de conseguir las victorias definitivas del porvenir.

Los pueblos esquilmados que alzan por fin las cóleras de su protesta, saben que las revoluciones todas de la tierra se han detenido en el punto preciso en que, colmado el interés de los caudillos políticos que las han conducido, significan un esfuerzo estéril para las masas de opinión que en el siglo de su dolor las engendraron. Por eso la tendencia actual de los revolucionarios sociales, va resueltamente al logro de sus aspiraciones más lejanas. En las profundas conmociones de la hora presente, los políticos de acción no representan otro papel que el de elementos explosivos cuyos efímeros vigos son de gran utilidad en las primeras algaradas. No constituyen ya el centro propulsor del mecanismo ni poseen por lo tanto la facultad de graduar ni detener la marcha á su sabor.

Así se explica lo que está pasando en Méjico. Iniciada por los políticos liberales una campaña contra la dictadura secular de don Porfirio, con todos los fermentos que ágitaban el subsuelo social, la revolución tomó cuerpo y concluyó por apersonarse en toda la extensión de aquel terruño. Conseguido el fin político de los cazadores del Poder, tocaron retirada á sus huertes y procedieron á repartir entre ellos el botín á costa de tantos

sacrificios populares conquistado. Allí terminó para ellos la gestión revolucionaria.

Pero he aquí que el pueblo, aleccionado ya por la experiencia, lejos de abandonar el arma y volver al mismo oscuro rincón de sus tristezas habituales, la dirigió tranquilamente hacia el pecho de los nuevos amos, con gran sorpresa de los que nunca sospecharon tal resolución en el humilde Sancho, escudero prudente y reflexivo, que hasta la fecha había guardado racional distancia de la palestra radical en que se debatía solo y heroico el idealismo.

El pueblo mejicano, atado al feudalismo anacrónico más absurdo, no hacía ni podía hacer consistir la cesación de su ignominia en un cambio de personal en el Gobierno, que dejaba incólume el oprobioso sistema que lo hacía gemir. Cuando tomó las armas para combatir por su derecho á la tierra, ya sabía que sólo habría de deponerlas sobre su parcela cultivada, bañada por el sol y acariciada por la brisa; ya conocía de antemano que la jornada era larga y tenía formulado el vasto plan de resistencia que ha traído el desconcierto á la fila de cálculos de sus oportunistas conductores.

Por eso el estado social de aquel país de hermanos deja mucho que desear á los amigos del orden y de la tranquilidad que sólo piden paz para su dicha, así tenga ella que fundarse sobre el más abyecto de los renunciamientos del vigor popular y sobre los más intensos delirios de la violencia omnipotente.

¡Tierra! Este es el grito de combate de los batalladores mejicanos hacia los cuales vuela con alas de simpatía nuestro pensamiento. Desposeídos de su

suelo enfrente de los grandes acaparadores del terreno, no cesarán hasta conquistar la parte que á cada uno corresponde en el regazo de la madre cariñosa y fecunda.

¡Que su esfuerzo consiga la victoria que merece!

### Solidaridad

Desde fines del año que expiró recién, ya sabíamos nosotros que se tramaba la destitución del Profesor don Salomón Castro de sus cátedras en los colegios de Segunda Enseñanza de esta capital. Consiste su delito en haber puesto al servicio de esta Revista su colaboración desinteresada, en los ratos que el continuo batallar por la vida dejaba libres á su infatigable actividad.

Los motivos que se han alegado con tal fin, no son, por supuesto, los que dejamos apuntados. La *sinceridad oficial* no acostumbra decir claras las cosas, puesto que ella vive y crece y se mantiene á expensas de la verdad siempre en derrota, en la insensata credulidad de los rebaños.

Se le acusa de incompetencia y se recurre para sentar la tesis peregrina de su incapacidad — haciendo caso omiso de las brillantes y honrosas declaraciones de los Directores de los colegios referidos — á *prudentes* rumores callejeros que ponen en ridículo la pretendida seriedad del Ministerio. Así pretende el Gobierno de sacristía en cuyas manos la enseñanza pública está sufriendo horrible menoscabo, cohonestar un acto de irrespeto á las ideas del Profesorado, con mengua del prestigio de acatador de libertades de que tanto se ufana y con el cual ha conquistado el país en el extranjero valiosas simpatías.

Durante el semestre pasado, el Subsecretario de Instrucción Pública no

cesó de indagar personalmente en sus visitas al Liceo acerca del estado de las relaciones mantenidas por el Profesor don Salomón Castro, nuestro compañero, con los que trabajamos en esta labor de la cual defeccionó tiempo hace para entrar á las cómodas dulzuras del Poder, el aludido funcionario. ¿Habrà, por ventura, falta alguna al deber del Profesor en el hecho de simpatizar con nuestros entusiasmos?

He aquí que los señores del Gobierno bajo la capa de un democratismo de similor que están muy lejos de sentir, abrogan con escándalo la libertad de cátedra, ciertamente respetada en muchas de las vetustas monarquías europeas. El ofendido es nuestro compañero. Pero aunque no lo fuera, la obligación de la protesta impondría de todas maneras á nuestra pluma la frase enardecida que condensa las formidables cóleras de la Justicia escarnecida.

¿No recuerda ya el señor Subsecretario sus brillantes épocas de apóstol de las ideas que hoy se complace en escarnecer desde la altura? También su verbo fue apagado algunas veces por el palo brutal de la violencia, y su pensamiento convencido hubo de callar en la impotente majestad de su coraje. Entonces nuestros vítores animaron con músicas de esperanza los episodios de sus debates íntimos, y nuestras voces — las voces de la riente juventud que creía en él y le ofrendaba su cariño — vibraron como trompetas que tocaran las dianas del futuro.

Hoy atruenan de nuevo esas trompetas. Convocan al entierro moral de un nombre de combate, que cayó entre su armadura bajo el vértigo de las seducciones del Poder.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

---

COMPañEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

---

IMP. ALSINA, San José, Costa Rica

# BIBLIOTECA DOMENECH

## NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS  
alternadas con  
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadrados de 225 á 300 páginas

**A cuatro reales tomo**

### OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.  
Manzana de Anís, Francis Jammes.  
El caso *Leavenworth*, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.  
Jacobé, Joaquín Ruyra.  
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.  
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.  
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.  
El amor catadrático, G. Martínez Sierra.  
La enjuta, Víctor Catalá.  
Dios salve á la Reina!, Allen Upward.  
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.  
Rebeldía, Joaquín Dicenta.  
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.  
Casa por alquilar, Carlos Dickens.  
Minnie, Andrés Lichtenberger.  
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.  
Boda oficial, R. H. Savage.  
Rey en la tumba, Anthony Hope.  
Fausto, Ivan Turgueneff.  
El silencio, Eduardo Rod.  
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.  
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.  
Ernestina, Prudencio Bertrana.  
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.  
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.  
Las cerezas del cementerio, G. Miró.  
El espada Montes, Frank Harris.  
La voz de las campanas, C. Dickens.

### EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, *MARIA*.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCRDA.

Nerto, Federico Mistral.

Sus hermanas, Henri Lavedan.

El Lunar, Alfredo de Musset.

La Puñalada, Marián Vayreda.

Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

**Ricardo Falcó M. y José María Zeledón**

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

### OBRAS NUEVAS

Apuntes de un desconocido. — Las cerezas del cementerio.  
El espada Montes. — La voz de las campanas  
El dragón de fuego y Fausto que estaban agotadas hacía tiempo.

# ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,  
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.  
Todo exclusivamente por mayor

# La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

## PAGÉS Y COMPAÑÍA

### Pan para Todos

de excelente calidad, elabora la

### Panadería de Pablo Torrens

situada en la Cuesta de Moras.

Invitamos á nuestros lectores  
y al público en general, á pro-  
teger esa empresa.

### SE SIRVE A DOMICILIO

Apartado de Correos No. 30

### FOLLETOS EN VENTA

Céntimos

Las Tenazas, comedia en tres actos, por Pablo Hevien.....	0.50
La Epidemia, comedia en un acto, por Octavio Mirabeau.....	0.25
La aula, cuadro dramático, por Luciano Descaves.....	0.25
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, conferencia por el Dr. Queraltó.....	0.25
Ni Dios ni Patria, por Benjamín Mota.....	0.15
Palabras de actualidad, por Aníbal de Pretti.....	0.15
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, por William Morris	0.15
El poseedor romano, A. Lorenzo.	0.15
La unión revolucionaria, J. Grave.	0.10
La mujer desde el pasado al porvenir, José Sergi.....	0.10
El problema de la población, Sebastián Faure.....	0.10
La libertad, Bernardo Lazare.....	0.10
El individuo y la masa y La Educación de la libertad, A. Pelli- cer Peraire.....	0.10
¿Dónde está Dios?, M. Rey.....	0.10
La mujer esclava, René Changhi.	0.05
En tiempo de elecciones, por En- rique Malatesta.....	0.05